

## DEMOCRACIA COMO PROCESO\*

Jaime Ordóñez

Quiero agradecer a la Maestría Centroamericana en Sociología de la Universidad de Costa Rica la amable deferencia de invitarme a hacer un comentario sobre el interesante libro DEMOCRACIA Y DEMOCRATIZACION EN CENTROAMERICA, resultado del Coloquio Internacional organizado por esa entidad académica justo hace un año, en el mes de setiembre de 1992, bajo los auspicios de la Comisión de Comunidades Europeas.

Después de leer la casi treintena de monografías, artículos y comentarios académicos allí contenidos, he decidido titular estas notas con el nombre de *Democracia como proceso*, pretendiendo, de esta manera, hacer referencia a la vieja impresión (por lo demás, tan antigua como el propio pensamiento aristotélico) de que la organización de las formas de comportamiento, regulación y convivencia en una sociedad democrática son siempre el resultado de intrincados, lentos y desgastadores itinerarios de la aventura social, esto es, un producto más, y quizá el fundamental, del incesante y en muchas ocasiones frustrante esfuerzo del ser humano en sociedad por dotarse de formas de ética y principios de regulación que le permiten una existencia --al menos-- justa y digna.

Pues bien, esa vieja impresión de que la aventura de la construcción democrática constituye un proceso, una entidad en transfor-

mación y cambio, ha quedado ratificada una vez más con la lectura del libro que presentamos esta noche. La discusión sobre democracia en Centroamérica, pero más aún, la discusión, general sobre democracia en sentido global, es abordada por la mayoría de los autores en forma inteligente y cauta, reconociendo a aquella como un paradigma inacabado, confuso y esquivo, acerca del cual no se pueden tener opiniones definitivas ni cerradas.

Tanto en el tema electoral, como en el de la sociología del poder, tanto en la reflexión sobre la organización económica, la tenencia de la propiedad y sus implicaciones con el tema de la sociedad democrática, como en los siempre complejos asuntos sobre la relaciones entre gobierno, ejército y sociedad civil o en el problema de legitimidad del Estado,<sup>1</sup> tengo la impresión de que -- en forma espontánea, casi como un síntoma epistemológico de la época-- los distintos autores han dejado de lado las grandes categorías ideológicas, los enormes marcos de referencia conceptuales que desgastaron la discusión sobre el poder por tantas décadas y han optado por métodos mucho más simples y modestos, acaso más precisos y cercanos a la verdad, de carácter más inductivo y restringido, muy parecidos a aquella vieja recomendación de Karl Popper de que sólo a partir del *piecemeal social engineering*<sup>2</sup> será posible desarrollar una construcción del pensamiento social (o filosófico, o económico) más acorde con los hechos y, de esta manera --es decir, del reflexionar a partir de los hechos y no de las mismas ideas, como el perro que se muerde la cola-- poder sentar las bases de una verdadera ciencia social.

---

\* El siguiente texto es una transcripción de la intervención oral del autor en el acto de presentación del libro *Democracia y Democratización en Centroamérica*, cuya compilación estuvo a cargo de Régine Steichen, y que fue asimismo publicada por la Editorial de la Universidad de Costa Rica en el año de 1993. La presentación del libro tuvo lugar el día 22 de setiembre de ese mismo

1. Esta idea me lleva el primer comentario sobre el libro DEMOCRACIA Y DEMOCRATIZACION EN CENTROAMERICA. Se trata de un producto de su época, se le siente el aire de inicios de la década del 90 con todo lo que ello supone: es, desde luego, una discusión post-guerra fría, post-maniqueísmo este-oeste e, incluso post-maniqueísmo norte-sur. Es, además, post-sandinista, post-clintoniana y –aquí voy a lo que me interesa– incluso se podría decir post-moderna.

Pero post-moderna no en el sentido de ese manido equívoco de la disolución de las ideologías, de la pretendida abrogación de las contradicciones (hoy nos podemos percatar que el *Fin de la Historia* constituyó acaso la última gran falsa utopía del siglo) sino más bien en el sentido de una discusión que reconoce tácitamente la debilidad de las ideologías en un mundo bullente en contradicciones, en conflictos y en sangrientas variaciones. A partir de ello, la mayoría de los artículos tienen la virtud de ejercer una reflexión más bien práctica, amparada en la inducción social, en el análisis comparado de experiencias de democratización de otras latitudes y, en el mejor de los casos, arriesgan hipótesis de trabajo expuestas en forma comedida y científica, apuntando con lápiz cuidadoso a los avances que la región centroamericana ha verificado en los últimos años en materia de democratización.

Esta primera característica del libro es importante, pues significa que la ciencia política centroamericana (tanto de sus autores regionales como la de los extranjeros que escriben sobre el istmo) ha experimentado una profunda revisión epistemológica y metodológica. No es casual que muchos de los autores de referencia de varios de los artículos: O' Donnel, Wyarda, Rossneau, Hirshman, Huttington, de la tradición anglosajona, hasta europeos como Sartori, Nolen o Bobbio pertenezcan a filiaciones metodológicas muy lejanas a los apriorismos y a los reductivismos sobre los cuales giró la doctrina en Ciencia Política en épocas no muy lejanas. Las ventajas de este nuevo planteamiento metodológico saltan a la vista en el texto: se trata de acercamientos flexibles, críticos y modernos al problema de la

democratización y la modernidad social. En esta materia, como en todas las especulaciones sobre la ciencia social, cualquier epistemología hace directamente a lo sustantivo. La escogencia de un método u otro tiene que ver, en definitiva, con concepciones abiertas o cerradas del mundo.<sup>3</sup> Toda epistemología es política, como dijera agudamente Russell hace más de setenta años.

2. Una segunda idea genera en el lector el examen de los distinto análisis sobre la situación centroamericana. No se trata de ninguna nueva noticia, pero quizá hasta ahora terminamos de comprenderlo plenamente: el principal problema para la vigencia de una democracia plena, robusta y activa en la región es, sin duda, la franca debilidad de nuestra sociedad civil.

En verdad, somos una región históricamente hija del centralismo y la contrarreforma. Tanto nuestras instituciones como nuestras formas de pensamiento han sido durante todos estos siglos heredadas de una cosmovisión apriorista y cerrada y, en consecuencia, nuestros patrones de conducta políticos, económicos, culturales y religiosos devinieron profundamente gregarios y verticales. La revisión que hace Luciano Pellicani a la vieja tesis weberiana es aguda y alumbrados dos o tres nuevos ámbitos a este argumento, aplicado al caso de Centroamérica<sup>4</sup>.

Ahora bien, no quiero decir con esto que América Latina y, más precisamente, Centroamérica, no hayan experimentado durante los últimos 30 o 40 años formas relativas de modernidad y existan algunas conquistas de movimientos cívicos importantes, los cuales se han verificado, por cierto, en forma bastante desigual en la región. Bolsones de modernidad existen, desde luego y se han expresado en la aparición de incipientes clases medias, grupos urbanos laborales y agrarios con un cierto rol y conciencia del entramado social, una cierta definición ideológica de los partidos políticos (sobre todo en la última década) y algunos otros fenómenos paralelos. Sin embargo, la crítica y revulsión frontal al poder que significó la revolución burguesa europea del siglo XVIII nunca se ofició en sentido estricto en esta

parte del mundo, por lo cual la clase capitalista europea de los siglos XVIII y XIX que sería el embrión de las posteriores sociedades civiles modernas sería un hecho prácticamente inexistente en América Latina, Centroamérica incluida<sup>3</sup>.

Esta conocida reflexión, que es recurrente y pertenece casi a nuestra antropología cultural, tiene, sin embargo, un enorme interés práctico al plantearnos una pregunta simple y decisiva: ¿es posible esperar sociedades democráticas sin la existencia del aparente requisito esencial que suponen sociedades civiles robustas, conscientes de sí mismas, de su gama de derechos, y con un ejercicio aceptable de las facultades implícitas a la noción de soberanía? Y esta es, cabalmente, una pregunta que vale la pena hacerse teniendo siempre en la mente mapas sociales, económicos y étnicos claramente preclusivos y cerrados de sociedades como la guatemalteca o la hondureña, por citar dos ejemplos de no fácil solución en Centroamérica.

Ya muchos años han pasado a partir de la clásica formulación de Lipset de 1959 sobre los requisitos y pre-requisitos sociales de la democracia, y algunas nuevas consideraciones han permitido reformular esas viejas recetas. Si en efecto, el desarrollo económico y la legitimidad política parecían ser requisitos sociales básicos para la existencia de gobiernos democráticos, lo cierto es que la práctica histórica ha demostrado que, incluso aceptando como válidos ambos requisitos, es posible la existencia de formas de transición a la democracia en las cuales-- sin la existencia necesaria de sociedades civiles plenamente maduras ni mucho menos-- se pudiesen verificar en forma parcial pero tendencial algunos de los presupuestos indicados por Lipset.

En primer término, ha resultado claro que no existía un causalismo funcional en los requisitos o prerequisites y esto ha quedado demostrado, por ejemplo, a raíz de experiencias históricas tan diversas como las transiciones a la democracia española, griega o portuguesa, el régimen chileno previo al retorno de la democracia o, por poner un ejemplo aún más curioso y disonante, el proceso de los capitalismo--autoritarios de los

países de la cuenca asiática. En todos estos casos, curiosamente se demostró que--en el contexto de sociedades que partían de una base desigual y fragmentada-- las variables de acumulación de capital ocurrieron siempre primero y casi como fundamento de la posterior y variable de legitimidad política del nuevo régimen sobreviviente, proceso al cual desembocaba, ulteriormente, en una transición a la democracia, al menos procedimental en sus inicios.

Si los ejemplos que he citado parecen darle buena razón a la teoría, también ya clásica, de Guillermo O'Donnell<sup>6</sup> sobre el Estado burocrático-autoritario y la fase de acumulación de capital como paso previo a la democracia, no significa esta que --en forma alguna-- implícitamente abonemos por ella como la única fórmula explicativa, ni la única receta posible (Costa Rica, Venezuela o Colombia son casos de explicación muy distinta), ni mucho menos como el rumbo a tomar. La tesis O'Donnell, con todo y su impopularidad dentro de parte de la doctrina, con ser descarnada y fría, en otro sentido arroja luz en un tema medular relacionado con este asunto de los presupuestos de la democracia: indica que puede haber términos medios, soluciones distintas a los requisitos tradicionales para la democracia. Nos aclara que no existen causalismos obligados. Que no obstante cargar el "pecado histórico" de no haber tenido en América Latina nuestra revolución contra el poder monárquico ni tampoco nuestra Ilustración, de no haber experimentado tampoco el desarrollo de una clase capitalista durante el siglo XVIII y XIX, de no haber roto aún hoy la estructura ideológica de los monopolios, las prebendas, los gregarismos y --por lo tanto-- de no gozar de una sociedad civil que, posteriormente ganara sus derechos y beneficios, en lo social y en lo político quizá la carencia plena de ese requisito no nos inhiba del todo de consolidar procesos de transición a la democracia como los que iniciamos en la década del 80.

La evidencia demuestra que otros países lo han logrado, tal y como parecen indicarlo las propias reflexiones de O'Donnell, así como los aportes que en este tema han dado

a la comunidad científica los trabajos Rustow, Elster, Huntington, Garretón y, en el libro que hoy presentamos, los sugestivos artículos de Ludolfo Paramio, Dieter Nohlen y Cristina Eguizabal, los cuales constituyen importantes contribuciones en la aplicación de esta discusión al caso de Centroamérica.

3. La tercera reflexión que el libro provoca se relaciona con una suerte de secreto a voces no sólo en la región, sino en muchas otras latitudes: los partidos políticos están en crisis. Sin duda el presente fin de siglo presencia, una crisis radical de los partidos políticos como representantes intermedios de la sociedad civil ante las estructuras de poder. Esto es claro. Pero el problema no termina allí.

De la lectura atenta de los distintos artículos del libro referidos a la situación de los partidos políticos y a la "democracia electoral" de la región, he creído ratificar --y esto, desde luego, es una opinión muy personal-- cierta hipótesis que algún sector de la doctrina en ciencia política empezó a bosquejar hace algún tiempo, no mucho, hipótesis que se encuentra aún en proceso de sistematización por la llamada literatura de las tendencias globales, la cual, a mi juicio, cada día se vuelve más evidente: la crisis de los partidos políticos es una simple evidencia, una muestra pequeña, la punta del iceberg, de una crisis mucho más grande. Se trata, en definitiva, de la crisis global del modelo de Estado-Nación.

Tengo la impresión de que el viejo modelo de Estado-Nación que nos acompaña con sus distintas variaciones y formas de legitimidad desde el Renacimiento mismo, hoy se encuentra prácticamente quebrado, en franca vía de disolución. La globalización o mundialización de la economía y de los referentes del poder está generando un curiosísimo fenómeno de desintegración de doble vía:<sup>7</sup> por un lado, es *centrífugo* en lo económico, creando macro-regiones de integración productiva y mercantil y, por el otro, es *centrípeto* en lo referente al ámbito de la autonomía política (de carácter coactivo y de políticas públicas) y, además, en lo referente a las identidades culturales. Proceso paradójico que, sin embargo, explica como, en plena

época de bloques económicos, asistimos a un poderosísimo renacimiento de los nacionalismos y los particularismos culturales en distintas partes del mundo.

Si en lo económico y en lo mercantil, el estado-nación no será más el principal actor en las próximas décadas, sino una nueva constelación de entidades y bloques macro-regionales, tampoco lo será en lo relativo a las estructuras básicas del poder político: la descentralización y el fortalecimiento de los focos locales del poder augura una futura micro-regionalización de los actuales estados. Una suerte de microfísica del poder amparada en los referentes culturales, étnicos e históricos de las comunidades que, con toda seguridad, le cambiará la cara al mapa organizado de naciones que hoy tenemos de nuestra región y de otras partes del mundo.

Justo ahora llego al punto que me interesa: la crisis de los partidos políticos, tanto en Centroamérica como en muchos otros lugares, puede ser explicada, entonces, como *la crisis del partido a escala nacional*, partido constituido como conciencia ideológica de pretendidas sociedades nacionales inventadas a partir de ficciones jurídicas, hace uno o dos siglos, y, en el caso de América Latina, amparadas en la aculturación y en la represión de los particularismos étnicos, lingüísticos y culturales que hoy, cuando nadie lo esperaba, empiezan a aflorar por todas partes. Es justamente por esto que la gente cree cada día menos en los partidos políticos, que se verifica esa *desafección por lo electoral* (al decir de Ludolfo Paramio) no sólo en Centroamérica, sino prácticamente en todas las regiones del mundo.

Con estas consideraciones no pretendo declarar el fin de los partidos políticos ni mucho menos, lo cual sería sumarse cándidamente a la *naviète* de muchos de los cantos de sirena de corte mileranista que hoy son moneda común en esta literatura. Simplemente estamos queriendo indicar que los partidos políticos deberán sufrir una transformación esencial (probablemente en su naturaleza misma, en sus objetivos y en su escala de competencia) si quieren volver a ganar ese rol de representatividad intermedia que, de suyo, deben poseer para que sean instrumentos efectivos en el juego democrático de la sociedad del futuro.

4. Una última consideración, la cual cierra estas notas. Además de lo indicado, el libro DEMOCRACIA Y DEMOCRATIZACION EN CENTROAMERICA tiene la virtud de generar muchas otras reflexiones en diversas y fundamentales áreas, tales como tendencias económicas regionales y sus diversos impactos en los procesos de democratización, educación y democracia, derechos humanos, organización de sectores laborales y grupos de base, cultura política y rol del Estado. Se trata, sin excepción, de análisis del más alto nivel, expuestos por un selecto grupo de los científicos sociales más importantes de la región y, además, algunos importantes analistas europeos que han hecho de Centroamérica y Latinoamérica el objeto de sus preocupaciones académicas.

Se trata, sin duda, de una lectura altamente refrescante y sugestiva no es un libro que pretenda comunes denominadores ni conclusiones definitivas sobre los agudos problemas que plantea y quizá en esto reside su mayor virtud. A estas alturas sabemos que las pretensiones del conocimiento absoluto y cerrado son altamente sospechosas y que, por eso mismo, nunca es mejor un libro que cuando más preguntas, incertidumbres y problemas nos deja entre manos. Pues bien, este es el caso del texto que hoy presentamos y, desde luego, no hay otra opción que felicitar a sus autores por ello.

## Notas

1. Asumimos aquí el problema de la legitimidad en los términos desarrollados por Habermas en "Problemas de legitimación en el Estado Moderno", en HABERMAS, Jürgen, *La reconstrucción del materialismo histórico*, Taurus, Madrid, 1981. p. 243 y ss.
2. POPPER, Karl, *The Open Society and its Enemies*, Princeton University Press, New Jersey, 5th. Edition. P. 1 y ss.
3. COLLETTI, Lucio, *La superación de la ideología*. Ariel, Barcelona, 1985.
4. Las interpretaciones de la tesis weberiana aplicada a América Latina encuentran un agudo resumen en PAZ, Octavio, *Tiempo nublado*, Alianza Editorial, Madrid, 1981. El famoso texto liminar de Weber que da origen a esa discusión *La ética protestante y el espíritu de capitalismo* se encuentra también en Ariel, Barcelona, 1972.
5. Para analizar las tendencias de evolución comparada entre los referentes cultural y los estadios de modernización política ver la obra ya clásica de HUNTINGTON, Samuel, *Political Order in Changing Societies*, Yale University Press, New Haven and London, 1968. p. 93 y ss.
6. O'DONNELL, Guillermo, *Modernization and Bureaucratic-Authoritarianism. Studies in South American Politics*, Berkeley, Institute for International Studies, University of California, 1973. Para una polémica sobre el tema ver, asimismo, COLLIER, David, ed. *The new Authoritarianism in Latin America*, Princeton, New Jersey, Princeton University Press, 1979. También, MALLOY, James y SELLIGSON, Mitchell, ed. *Authoritarians and Democrats*, University of Pittsburgh Press, Pittsburgh, 1987.
7. Para un desarrollo inicial del tema, ORDOÑEZ, Jaime "Derechos fundamentales y constitución: notas sobre la crisis del Estado Nación", en *Contribuciones* 3/93, Konrad Adenauer Stiftung-CIEDLA, Buenos Aires, 1993. p. 93 y ss.